

Su padre, á quien la pobreza había ocasionado tan amargos sinsabores, le había educado lo mismo que á sus hermanas, en medio del fausto y de la magnificencia; pues, aunque bastante avaro con los extraños, nunca lo era cuando se trataba de sus hijos, que constituían lo que más amaba en este mundo.

Doña Pelalagia, además de sus funciones de ama de gobierno había sido una especie de aya para las dos niñas, que la querían, Carolina con toda la vehemencia propia de su carácter, y Sofia con cuanto cariño podía caber en el suyo.

Educadas en uno de los mejores colegios de Barcelona, en el cual pasaban casi todo el día, la buena doña Pelagia era la que velaba por ellas en las horas restantes; asistía á su tocador, cuidaba, ayudada de una doncella, de sus vestidos y ropa blanca, y las acompañaba á paseo.

Su madre era para ellas una especie de sombra, muy respetable y muy respetada, pero á la cual no se daba parte ninguna de los acuerdos de la casa.

Don Agustín había educado á Carlos, pues éste no había tenido preceptor; es verdad que la bella índole del joven y su perspicaz inteligencia había necesitado de muy poco trabajo para pulirse.

Hay algunas almas bellas en las que es natural y nativa la intuición de todo lo hermoso, noble, y bueno; la de Carlos era una de estas almas tan escasas en el mundo.

Alegre, activo, trabajaba con placer y jugaba con sus hermanas, hacía reír á su madre con sus entusiastas caricias y llenaba de vanidad el corazón de don Agustín.

Descrita ya la familia, pasaremos á describir la casa del armador, para la mejor inteligencia de esta historia.

III

En el bellissimo paseo de la Rambla, de la culta, la hermosa, la industrial Barcelona, se elevaba una soberbia casa, que más parecía un palacio, y que era la que habitaba la familia de Andrade.

Durante el verano; por las mañanas y á la caída de las tardes, era casi fijo el ver tres bellas cabezas en el gran balcón mirador, cerrado con cristales, que se abría sobre la puerta principal, de dobles hojas y madera esculpida.

Aquella puerta era muy grande; tenía por llamadores dos enormes cabezas de león, de

bronce, tan bien cinceladas y tan limpias, que parecían de oro bruñido

Entrábase en seguida al patio, que era grande y sustentado con elegantes columnas de piedra.

Este patio estaba espléndidamente iluminado con magníficos reverberos de gas.

Un portero principal se paseaba todo el día ó se sentaba á leer majestuosamente en una butaca de cuero, á las horas del calor, junto á la puerta del patio, mientras el tío Benito, viejo y pobre zapatero remendón que ocupaba una cobachita en el rincón más obscuro é invisible del patio, recibía todos los recados y hacía de verdadero portero, aunque no se llevase la gloria de semejante empleo

Era el tío Benito un viejecito muy delgado y de condición tan apacible, que podía tenersele por santo.

La opulenta familia del armador no le conocía siquiera, ni le miraba, ni sabía quién era, pero todos los criados de la casa, cuya víctima del pobre zapatero, decía á una voz que era efectivamente santo, por más que esto no les impidiese mortificarle.

Desde el amanecer empezaba la letanía de los mandados del tío Benito.

—Tío Benito,—decía la cocinera,—súbame carbón.

—Tío,—Benito,—decía el ayuda de cámara,—súbame leña para la chimenea.

—Tío Benito,—decía doña Pelagia,—vaya usted por hilo para zurcir.

—Tío Benito,—decía don Simón,—vaya usted á ver por qué no viene el sastre con mi levita.

—Tío Benito,—decía una camarera,—cósame usted esta chinela, pues hasta que cobre el mes no puedo comprar otras.

—Tío Benito,—decía la otra camarera,—ayúdeme usted á comprar flores ahí abajo.

El pobre Tío Benito tenía que multiplicarse para hacer todos aquellos encargos y para contentar á todos los de la casa.

—Y ¿cuándo trabajaba?—podréis preguntarme, y con mucha razón, mis queridos lectores.

Pero yo no os podría dar razón de eso.

Dios, como suele decirse, hacía el gesto para que el pobre viejo Benito pudiese vivir, pues nadie de la casa le daba un cuarto por sus reiterados servicios, ni le dejaba tiempo para acudir á sus remiendos.

He dicho que la familia de Andrade apenas tenía noticias de aquel infeliz inquilino de un rincón del patio, y así era la verdad.

Un día había ido Ventura, el ayuda de cámara, al cuarto de don Agustín por la mañana y le había dicho si quería dejarle el camaranchón del patio para un pobre viejo á quien conocía desde hacía muchos años. Don Agustín, que estaba muy contento de los servicios de Ventura y que, por otra parte, se hallaba tan preocupado con una combinación mercantil, que apenas atendió, á lo que se le decía, accedió sin dificultad á aquella demanda, lo que

tal vez no hubiera hecho sabiendo de lo que se trataba, pues tenía rencor y mala voluntad á todos los pobres, acordándose de que él lo había sido en otro tiempo.

El tío Benito fué, pues, al patio y bien pronto se convirtió en mandadero de todos los criados, que abusaban de su desdicha y de su dependencia.

Los dos balcones del despacho particular del armador daban enfrente del tabuco del zapatero; pero, además de que don Agustín no los abría jamás, el pobre anciano se escondía muerto de miedo en el fondo de su cueva en cuanto le veía aproximarse.

¿De qué provenía el espantoso temor del tío Benito hácia el opulento señor de la casa?

Esto explicaba lo que se decía entre la servidumbre acerca del armador.

Las tres bellas cabezas que tarde se veían, según he dicho, en el mirador de cristales, pertenecían á Carlos y sus hermanas.

Eran una negra, otra rubia y otra castaña.

La hermosura de la rubia, perteneciente á Sofia, traía á la memoria la que admiramos en la Virgen María, en María Magdalena y en Eva, esos tres adorables tipos de la belleza femenina y de las mujeres rubias.

Eran sus cabellos largos, sedosos y finos como un manto de seda; sus grandes ojos, del azul más suave, si bien un tanto fríos en su expresión eran dulces como los de una niña; es verdad que Sofia tenía sólo diez y seis años y era su carácter en extremo inocente. Sofia y su

hermana vestían casi siempre de blanco; era esta última una niña algo gruesa, pero dotada de gran viveza y penetración. Sus negros ojos chispeaban con el fuego del talento y del ingenio; sus mejillas eran sonrosadas, su tez morena, su cabello negro y abundante.

Era su sonrisa encantadora, y dejaba ver con ella dos sartas de menudas perlas, que tales parecían sus blanquísimos y diminutos dientes.

Divertíase mucho con su hermana, á la que motejaba continuamente por su asombrosa calma para todo, admirando de que no estuviese muy gruesa.

—¿Qué harías si llegásemos á ser pobres?—le preguntaba algunas veces.

—No sé,—respondía fríamente Sofia encojiéndose de hombros.

—Pero, vamos, mujer,—insistía Carolina,—piensa un poco. ¿Qué harías tú si quedásemos pobres.

—¿Para qué he de incomodarme en pensar en una cosa que no puede ser?

—¿Cómo que no puede ser?

—Nuestro padre es muy rico.

—¿Y eso qué importa? Otros más ricos han empobrecido.

—¡Bah! Bah! Déjame en paz,

Así acababan siempre estas conversaciones; Carolina y Carlos se reían de su hermana, y ésta volvía á hacerse aire con el abanico, lo cual era su única ocupación en el verano, ó atizar el fuego de lo chimenea que era su único quehacer del invierno.

Carlos venía algunas tardes á tomar parte en estas discusiones; su hermosa cabeza, lo parecía aún más al lado de la rubia de Sofía y de la negra de Carolina. Carlos tenía el cabello castaño y lleno de rizos naturales, los ojos muy grandes, de color pardo oscuro, adornados por largas cejas y rizadas pestañas; la tez trigueña y algo pálida, con ese delicado color que presntan las vigiliass del bufete á las personas muy jóvenes; las manos delicadas, la estatura alta y el talle elegante.

Una tarde que Carolina preguntó, según acostumbraba muchas veces, á su hermana qué haría si se volviese pobre, y que ésta no supo qué responder, Carlos lo hizo por ella.

Sofía,—dijo,—se dejaría morir de hambre primero que trabajar.

La indolente por toda respuesta, dejó escapar un largo bostezo, como aseveración de las palabras de su hermano.

—Pues yo no,—repuso Carolina alegremente,—yo trabajaría.

—¿Tú?—preguntó Carlos con aire incrédulo,

—¿Porqué lo dudas?

—Creo que nunca os ocupáis de nada ninguna de las dos, y, por otra parte, hacéis bien; porque el trabajo es para el hombre y no para la mujer.

—Carolina está trabajando todo el dia como una criada,—dijo Sofía con indolencia.

—¿Trabaja?

—Sí.

—¿En qué?

—En coser, en bordar, hasta en limpiar la casa.

—Pues ¿y las criadas?

—Dice que no lo hacen bien.

—Así me entretengo,—observó Carolina,—y doña Pelagia me lo agradece; hoy le encañoné dos papalinas.

—Pero, hermana, ¿es posible que hagas eso?—exclamó Carlos.

—¿Qué mal hay en ello?

—¿No ves que te trabajas?

—Más rebaja la ociosidad,—repuso Carolina.

Si papá quedase pobre, yo bordaría, cosería, y haría dibujos para vender. ¿No valdría esto más que dejarse morir, como dices que haría Sofía?

Carlos calló: conocía que su jóven hermana, á pesar de ser una niña, tenía razón; pero estaba tan poco acostumbrado á ver trabajar á su madre, único modelo femenino que había tenido á la vista, que le parecía por lo ménos disparatado cuanto Carolina decía.

En efecto; doña Dámasa en su vida había hecho nada más que estarse tendida en un ancho sillón, y su marido, que ho le dejaba participación alguna ni en sus penas ni en sus alegrías, recordaba que le había llevado un excelente dote y que tenía el derecho de todas las mujeres ricas; esto es, el de no hacer nada.

Así, pues, doña Dámasa se ponía los trajes que le llevaba la modista, estuviesen anchos ó estrechos, porque ella no tenía la más leve pre-

tensión de coquetería; se ponía la papalina que le presentaba cada día doña Pelagia en una bandeja de plata, y se dejaba peinar según la moda, ya estuviera bien ó mal á su fisonomía larga y enjuta.

Jamás se le oyó dar la preferencia á un color ni á una hechura; para ella todo era igual, á condición de que se la dejase en su venturosa apatía.

—¿Cómo es que no trabaja mamá?—preguntó Carlos después de reflexionar en lo que había dicho su hermana.

—Porque no quiere, y hace bien,—repuso Sofía.—¿Qué necesidad tiene de hacerlo?

—Tampoco Carolina la tiene.

—Es su genio.

—Justo; y el de mamá así como el tuyo, es de no hacer nada.

—Mamá no sabrá trabajar; siempre ha sido muy rica, en casa de su padre cuenta que había muchos más criados que en la nuestra, y que tenía para ella dos camareras.

—Ese sería un mal para ella si quedáramos pobres,—dijo Carolina.

Reinó el silencio por algunos instantes, y Carlos fue el primero en romperlo diciendo á sus hermanas:

—¿Sabéis que papá hace ya ocho ó diez días que tiene muy mal humor?

—¿Contigo?

—No; más bien con los dependientes.

—¡Bah! ¡Eso no es nuevo!—dijo Sofía;—papá trata mal á esos pícaros, y hace bien.

—Es que ahora los trata peor que nunca.

—También hace bien.

—¿Pero qué manía tienes tú contra esos pobres jóvenes?—preguntó Carolina mirando á su hermana con tristeza.

—¿Y qué manía tienes tú con defenderlos siempre?—repuso aquella.

—Me da pena, porque trabajan mucho y ganan poco.

—¡Oh! lo que es trabajar sí,—dijo Carlos,—desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde no levantan cabeza.

—¡Y eso para ganar cada mes veinte duros, doce y alguno diez!—exclamó dolorosamente Carolina.

—Han nacido pobres, peor pare ellos,—dijo Sofía.

—Escucha, hermana,—repuso Carolina;—yo creo que la esclavitud del trabajo es una de las más duras de la tierra; ¿por qué papá, que es tan rico, no había de redimir de esa esclavitud á algunos de esos desgraciados, á todos si pudiese?

¡Ay, Dios! ¡Pues serían bien empleadas las riquezas!—exclamó Sofía.

—Algunos hay muy dignos de ese beneficio,—dijo Carlos;—sobre todo, uno que mantiene á su madre enferma, y que viene tan mal vestido á la oficina, que papá dice que le va á echar.

¡No lo quiera Dios!—murmuró Carolina;—yo creo que semejante inhumanidad, nos atraería alguna desgracia. Mira tú, Carlos, si pue-

des variar el ánimo de nuestro padre en favor de ese infeliz.

—Lo que es ahora, imposible,—dijo el joven —¡ya os he dicho que tiene un humor que me mete miedo!

—¿Por qué será? —dijo Carolina,

—Yo no sé,—repuso su hermano;—cada día recibe cartas que lee con ansia encerrando en su despacho particular, y contesta por sí mismo cosa que jamás le había visto hacer: luego sale pálido y demudado, y empieza á regañar con todos.

—¿Y con tigo?

—Conmigo no.

—Tampoco con nosotras.

—El otro día al darme la mensualidad de veinticinco duros que me tiene asignada para mis gastos añadió ocho más y dijo:

—Toma, hijo mio, por si acaso no te los puedo dar mucho tiempo.

—A nosotras,—dijo Sofia,—nos ha dado cuatro más en nuestra pensión de alfileres.

—Y cuando me la dió á mi,—añadió Carolina,—tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Pues señor, aquí algo pasa,—dijo Carlos.

—Allá veremos.

Los tres hermanos se pusieron á hablar de cosas indiferentes, y Carlos, después de media hora, se despidió de sus hermanas para dar un paseo á caballo con sus amigos.

Al salir, fué á dar un beso en la frente de su madre que estaba sentada en un cómodo sillón.

Doña Dámasa era una señora de semblante

muy blanco y algo pálido; pero con esa palidez mate y triste que procede de la carencia de ejercicio, y de no tomar jamás el sol ni respirar el aire libre.

Apenas pareció apercibirse de aquella tierna caricia filial: parecía de continuo adormecida en una especie de grata somnolencia, de la cual nada en el mundo bastaba á sacarla, ni salía de ella más que á las horas de comer, en las cuales tomaba un alimento muy escaso.

Su fisonomía se animaba algunas veces con una expresión triste, pero dulcemente resignada; pudiera decirse que alcanzaba alguna conciencia de sí misma, que tardaba muy poco en perder, ora fuese por conveniencia propia, ora porque su ánimo estuviese por completo apocado y abatido.

En el momento en que su hijo la abrazó ninguna emoción reflejó su semblante; parecía sumergida en el triste sueño que casi siempre invadía sus sentidos y todo su ser.

Carlos la miró con tristeza: ¡el amor maternal, cuando falta al alma; parece mucho más precioso!

Luego ahogó un suspiro, y salió deseando distraerse con sus amigos de los tristes pensamientos que le agitaban y que no había confiado por completo a sus hermanas temiendo entristecerlas.